

La realidad norteamericana

El Medio Norteamericano (II)

Por JORGE ELLIOTT

La situación en que el desarrollo occidental ha colocado a los Estados Unidos y que le concedido, por una parte, su prosperidad económica y, por otra, sus problemas humanos, la describe Ortega y Gasset así: "La rebelión de las masas... ha creado este hecho, fácil de enunciar, aunque difícil de analizar. Lo llamaré el hecho de la aglomeración, de "plenitud". Las ciudades están llenas de gente, las casas llenas de arrendatarios, los hoteles llenos de huéspedes, los trenes llenos de viajeros, los cafés llenos de clientes, los parques llenos de paseantes, las salas de consulta de famosos médicos llenas de pacientes, los teatros llenos de espectadores y las playas llenas de bañistas. Lo que en el pasado no era problema, hoy comienza a serlo, o sea encontrar espacio... antes los individuos que forman esta multitud existían... pero esparcidos en pequeños grupos por todo el mundo, o solitarios, viviendo una vida divergente, disociada, aparte. Cada individuo o pequeño grupo ocupaba un lugar (el suyo) en el tiempo, la aldea o la ciudad. Ahora, de pronto, aparecen reunidos y mírese donde se mire se encuentra a la multitud... Han existido otras rebeliones de las masas pero esta es la primera en que las masas usurpan los privilegios de las minorías".

Este estado de "plenitud" es relativamente universal, hoy se observa aún en Santiago, pero en ninguna parte es tan general como en los Estados Unidos donde miles de aviones, trenes y autobuses trasladan día y noche a la multitud de este país de un rincón a otro del continente, mientras cerca de 20.000.000 de automóviles transitan de aquí a allá incesantemente. Más del 22 por ciento de los habitantes de esta inmensa nación cambia de residencia todos los años, moviéndose a otro estado o a otra ciudad. Esto es posible, como ya lo dijimos en otra oportunidad, debido a la naturaleza continental de Estados Unidos y a las fluctuaciones que sufre el énfasis de la economía. No obstante es enorme la cantidad de gente que viaja por placer, por ver, por visitar.

La invasión por las masas de los reductos de las "minorías" ha creado en Norte América una sensación artificial de "cultura". La revista "News Week" en su edición del 10 de febrero, por ejemplo, sostiene que el país se encuentra en un estado espectacular de florecimiento cultural y lo demuestran estadísticamente. Señala que en todo el territorio más de cincuenta y cinco millones de personas pagan anualmente por visitar los museos de arte; que se venden sobre dos mil millones de libros y que asisten a conciertos al menos un ciento de millones de seres que mantienen un número de orquestas sinfónicas superior al que existe en todos los países de Europa juntos. Esto, no obstante, nada tiene que ver con un estado de actividad cultural verídica. A lo más es el reflejo de una prosperidad económica inmensa que permite a las masas

satisfacer su deseo de sentirse minoría. Escucha música, como se asolean las niñas bien cuando está de moda el color dorado de cutis, para sentir momentáneamente una patina reconfortante. "La persona culta —dice Karl Jaspers— es aquella que ha sometido sus pensamientos y sus emociones a una constante y continua disciplina. Ella la capacita para penetrar y para crear".

"El hombre masa —dice Ortega y Gasset— se distingue del individuo minoritario por que no se exige mayor esfuerzo, se conforma con vivir tal cual es y nada más; mientras que el espíritu minoritario se exige lo imposible. El primero, cuando se le presenta un problema se conforma con la primera idea que le salta a la cabeza, mientras que el segundo rechaza lo fácil, medita". Para Karl Jaspers el hombre masa es lo mismo ya que dice de él: "No se esfuerza excepto por un motivo concreto que conduce a un fin utilitario; no es capaz de esperar pacientemente que las cosas maduren; para él todo debe proveer una satisfacción inmediata".

Pero no nos equivoquemos, este hombre masa no es el pueblo, ni está la minoría sólo en la aristocracia. "La masa —observa Ortega y Gasset— se encuentra en todas partes, en todos los grupos sociales. Hoy abundan mentes disciplinadas y penetrantes entre los obreros, hoy las aristocracias están más bien llenas de gente "masiva" que cierta tradición cortesana envuelve en mannerismos y cocteles".

La riqueza económica no ha elevado el nivel cultural de las masas; por el contrario, el es "clavo mecánico" las ha desculturizado por cuanto les ha quitado de las manos la labor, el "cultivo" que enriquece y antes alcanzaban en un grado notable de cultura a través de los oficios. Hoy se entregan a actividades oficinistas y no hacen muebles, ni tallan iglesias, ni tejen alfombras o molden cerámicas. Tienen, eso sí, un poder adquisitivo inmenso y, por lo tanto, mandan y al hacer exigen igualdad. En Estados Unidos, ser diferente es casi una indecencia, dice Ortega y Gasset.

Por cierto que en Norteamérica hay cultura pero no es la que aparece visible en las inmensas exposiciones o aún en las salas de concierto. Como en todo el mundo poco tiene que ver con una forma cultural ya que nuestra civilización carece de verdadera forma. Está en reductos, en núcleos minoritarios y ellos son poderosos y más vitales que muchos de Europa. Ocurre, sin embargo, un fenómeno interesante que es el siguiente: Hoy día lo mejor de la literatura y el teatro norteamericano viene del sur del país o trata temas del sur. Las novelas de Faulkner, las obras teatrales de Williams, los cuentos de Cadwell, lo mejor de Truman Capote arranca de la región más retrasada, más reaccionaria del país, pero también la única que, aunque en decadencia o estado de transformación, posee cierta forma, cierto sabor propio.